

# Carta de una maestra retirada a un novel profesor

Luz Bertila Galindo López\*

Estas notas que quiero compartir contigo son reflexiones hechas a partir de mi práctica docente, y de las lecturas sobre algunos temas que aborda la teoría cognitiva-constructivista, así como también, de las aportaciones de grandes pedagogos como es Paulo Freire.

En ellas podrás encontrar algunos aciertos y desaciertos. Estos últimos, de vez en vez, me hacen preguntarme ¿a cuántos estudiantes no atendí debidamente? ¿Cuántas notas injustas adjudiqué? Desde mi ignorancia, careciendo de conocimientos pedagógicos y didácticos, ¿cuántas veces determiné que mis alumnos sabían cinco, seis o incluso cero? Y, es que mi ingreso a la docencia se puede decir que fue circunstancial. Al concluir el último curso de licenciatura en sociología, mi profesor de Taller de Investigación Urbana me invitó a colaborar con él en calidad de profesora adjunta. Todavía hoy me pregunto a qué se debió esta deferencia. A veces pienso que influyó el hecho de que durante mi paso por la escuela me caractericé por ser una alumna muy preguntona. La incógnita sigue latente, ya que en verdad tuve compañeras que se destacaban por su inteligencia y dedicación.

Al principio, asistía a las sesiones como una alumna más; lo serio vino cuando el profesor consideró, supongo, que ya estaba en posibilidad de dejarme en libertad para desenvolverme sola; así, de buenas a primeras me vi frente a un grupo de jóvenes parecidos a la estudiante que yo había sido. ¡Cuánta diferencia hay entre ser inquisitiva a tener que responder! ¿Sería esta una venganza de mi profesor?

A mi experiencia anterior se suma otra: tuve la fortuna de tener la oportunidad de hacer clases en la licenciatura

en Trabajo Social; todavía hoy conservo el programa de la materia de Teoría Social I. Visto a la distancia ofrece la impresión de un programa elaborado para ser impartido en el nivel de posgrado, ¡veinticinco referencias bibliográficas obligatorias lo componen! En aquel entonces yo pensaba que para ejercer la docencia bastaba con tener el dominio de la disciplina.

No obstante, una de mis inquietudes permanentes ha sido cómo motivar a los estudiantes para que se involucren en la construcción de la clase, su clase; cómo hacer que realicen, con sentido, las lecturas que forman parte del programa de la materia; cómo lograr que por sí mismos construyan ejemplos, contraejemplos y analogías, y de esta forma logren un aprendizaje significativo. Para alcanzar este objetivo utilicé tanto la recompensa como el castigo, pero en ocasiones ni aun así lograba sacarlos de lo que yo llamaba *apatía*.

Ahora comprendo que quizá lo que yo llamaba *apatía* se debía posiblemente a que los estudiantes no contaban con una estructura cognoscitiva previa que les permitiera aprehender los conceptos que abordábamos en el curso. No tenían forma de asociarlos más que de manera arbitraria, pues lo que se intentaba aprender no se relacionaba con lo que el alumno ya sabía. Ahora es posible llegar a la conclusión de que la profesora desconocía los antecedentes académicos de sus estudiantes.

Además, creo que esperaba que la motivación se diera por el solo hecho de decirles a los alumnos cuán *importante* era *mi* materia, sin saber que la motivación es tanto un efecto como una causa del aprendizaje; es intrínseca pero también extrínseca.

Hoy, a lo lejos, me pregunto si los objetivos propuestos en el programa eran lo suficientemente claros, explícitos y específicos, si la selección de contenidos fue congruente

---

\* Licenciada en Sociología. Maestra en Políticas y Gestión del Desarrollo Social. Profesora de tiempo completo en el Departamento de Historia y Antropología de la Universidad de Sonora. [lgalindo@sociales.uson.mx](mailto:lgalindo@sociales.uson.mx)

con los objetivos, si las estrategias de enseñanza tenían relación con las estrategias de aprendizaje de los alumnos, si las actividades diseñadas tendían a poner en práctica los aprendizajes adquiridos, si existía alguna relación con las demás materias, y sobre todo, si tomé en cuenta los factores externos que llegan a incidir sobre el aprendizaje de los estudiantes.

Excuso decir que mi incursión por la docencia no estuvo exenta de cierta dosis de angustia y, en ocasiones, al salir del aula me invadía una sensación de frustración al pensar que la clase pudo ser más fructífera y amena. Quizá se pueda pensar que lo que me sucedía se debió a un dejo de inseguridad, aunque yo más bien lo atribuiría a la gran responsabilidad que implica formar profesionales, que el día de mañana se enfrentarán al mundo laboral con un bagaje de conocimientos que quizá no sean todo lo útiles que debían ser.

Podría abundar mucho más sobre los errores en que incurrí como profesora, pero en síntesis, puedo decir que muchos de quienes ejercemos la docencia estamos lejos del ideal de Ausubel, Novak y Hanesian, para quienes un docente, además de dominar su disciplina, debe ser ordenado, sistemático, responsable, capaz, maduro, cordial, comprensivo, imaginativo, hábil y sensible. Contra esto, todos debemos aspirar a desarrollar en el alumno, la curiosidad intelectual, la apertura a nuevas ideas, la crítica y la autocrítica.

Este es el contexto en el que nacen las siguientes reflexiones, que ojalá las consideres en tu práctica docente que recién inicias.

- Evita la soberbia y la arrogancia, reconoce que tu conocimiento es incompleto e inacabado. Lo que te diferencia de tus alumnos es la información que has logrado cultivar a lo largo de tu vida.
- La humildad no es un signo de debilidad, sino es el reconocimiento a una igualdad como seres humanos, es decir, nadie es mejor, somos diferentes tanto en lo físico como en la diversidad cultural.
- No te dejes avasallar por tus prejuicios, aprende a tolerar incluso, lo que te resulte intolerable.

- Tú, joven amigo, al igual que tus estudiantes, antes de ser profesor eres persona. Una persona que al entrar al aula le acompañan sus miedos e inseguridades, prejuicios y conocimientos inacabados; reconócelos y reconóctete en ellos. Seguramente, esto te ayudará a comprender a aquellos chicos que por su timidez ocupan un lugar en la parte posterior del salón de clases.

- Una forma de identificar la impaciencia que te provocan tus alumnos es la grabación de tu voz. No te imaginas los mensajes y el significado que te pueden enviar el timbre y sus inflexiones. Grábate, no te vas a gustar, pero esto te ayudará a conocer y a tratar de comprender mejor a tus alumnos.

- No caigas en la tentación de ejercer tu poder ante los jóvenes, en el autoritarismo se forman los estudiantes apáticos, obedientes, acrílicos, y en el mejor de los casos, jóvenes rebeldes.

- Recuerda que el aprendizaje es un proceso que en ocasiones apenas si se deja ver; intuimos que nuestros estudiantes están aprendiendo cuando percibimos una chispita en su mirada; así trata de verlo en tus alumnos. Considera que nuestros estudiantes, más que la asignación de calificaciones, requieren retroalimentación de sus aciertos y desaciertos.

- Huye de la enseñanza esquemática. No te cases con una idea, corriente o posición; comparte con tus alumnos la pluralidad del conocimiento.

- Aléjate del dogma. Para el aprendizaje de los jóvenes hacen tanto daño el religioso como el político.

## Referencias

- P. Ausubel, David, (1978). Significado y aprendizaje significativo. En *Psicología Educativa. Un punto de vista cognoscitivo*. México: Trillas.
- P. Ausubel, David, Joseph D. Novak y Helen Hanesian, (1990). Factores sociales del aprendizaje, Características del profesor. En *Psicología Educativa*. (2ª ed.). México: Trillas.
- Paulo, Freire (2004). *Cartas a quien pretende enseñar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.



Aspecto de los cursos de actualización y capacitación para maestros del Departamento de Trabajo Social.